

TABEA BACH

EL ESPLENDOROR DE LA VILLA DE LA SEDA

Una emocionante saga sobre el amor, los secretos del pasado
y la tela más hermosa del mundo.

TABEA BACH

EL ESPLENDOR DE LA VILLA DE LA SEDA

Traducción de Albert Vitó i Godina

Título original: *Im Glanz der Seidenvilla*

© Bastei Lübbe AG, 2020

Publicado a través de Ute Körner Literary Agent

© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-08-25416-4

Depósito legal: B. 665-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

EL ANIVERSARIO

El sol de la tarde proyectaba sus rayos dorados sobre el patio rectangular que quedaba entre las cuatro alas de la Villa de la Seda. Su luz se enredaba en el follaje de la morera y producía un aromático patrón de luces y sombras en el mantel blanco de la mesa sobre la que saltó la gata, con su brillante pelaje de color gris plateado, paseándose con parsimonia.

Angela estaba junto a la ventana del primer piso de la tejeduría, observando cómo Emilia salía a toda prisa de la cocina abierta en el ala izquierda de la planta baja para ahuyentar, exhibiendo una gran riqueza léxica, a la felina. El animal pasó como una flecha por la puerta del trasero, que estaba abierta de par en par, llegó al lado opuesto del patio y se escabulló entre las piernas de Gianni, que en ese preciso instante cruzaba el umbral cargado con un antiguo mostrador.

—*Porca miseria* —exclamó al ver que había estado a punto de tropezar con la gata. Acto seguido, dejó el mostrador en el suelo y levantó la cabeza para lanzarle una mirada interrogante a Angela—. ¿Dónde pongo la barra? ¿Aquí, debajo de la morera?

—Sí, es buena idea —le respondió ella—. Bajo ensegui-

da —añadió antes de recubrir a toda prisa la delicada maquinaria de los cuatro vetustos telares con sábanas viejas. Hasta hacía una hora habían estado funcionando de un modo febril para que Angela pudiera entregar urgentemente veinticuatro muestras de tejido a un mensajero. Al día siguiente tenía que presentarlas en una recepción que se celebraría en Villa Castro, una ocasión única para promocionar todavía más la manufactura de seda.

El quinto telar, uno más grande al que llamaban el *omaccio*, estaba en la sala contigua y precisaba tres sábanas para quedar cubierto del todo. Al igual que los demás, era de mediados del siglo XIX, aunque todos seguían funcionando sin problemas. El aspecto de aquellos enormes armazones de madera era tan rústico como delicadas y preciadas las telas de seda que permitían tejer de forma artesanal. Trabajar con aquellos telares era una dura tarea que requería un gran esfuerzo físico, aparte de mucha experiencia y un talento especial. Angela se sentía afortunada de tener a cuatro tejedoras y un tejedor, y esa noche se había propuesto celebrar esa suerte juntos...

Unas voces le llegaron desde el patio. Se asomó de nuevo para ver quién acababa de llegar y reconoció la melena corta y plateada de Tess bajo la morera. La anciana charlaba con Gianni mientras este extendía un mantel blanco sobre la barra improvisada y procedía a equiparla con copas. Animada, Angela bajó la escalera que llevaba hasta el patio para saludar a su amiga, a quien todo el mundo llamaba Tessa en Italia.

—¿Puedo ofrecerles un aperitivo a base de prosecco del Véneto a las señoras? —dijo Gianni con una sonrisa.

—¿Qué has metido ahí dentro? —preguntó Tess con

cautela—. ¡No quiero levantarme mañana con dolor de cabeza por tu culpa!

—Tranquila, *signora*, no tiene que sufrir por eso.

Gianni le explicó que para su receta secreta mezclaba tres partes de vino blanco espumoso de la región con dos partes de aperol y una más de agua con gas. Luego añadía siempre una aceituna verde de las que su madre, Emilia, maceraba a propósito para esas bebidas, y lo remataba con un poco de zumo de una variedad especial de naranja sanguina y un poco de ralladura de piel del mismo cítrico, procedente del huerto de un amigo. Una vez más, Angela se preguntó cómo era posible que aquel joven tan atento todavía no hubiera encontrado esposa.

—¡Delicioso! —exclamó Tess con un suspiro después de tomar un buen trago con una pajita—. Pero ¡deberías prepararlo con menos vino, Gianni! De lo contrario acabaremos todos borrachos antes incluso de empezar a comer.

Gianni se rio y levantó la mirada hacia el viejo portal de madera por el que en aquel momento Fioretta entraba en el patio seguida de Nola. El parecido físico entre ambas no dejaba lugar a dudas de que eran madre e hija. Con apenas veinticinco años, Fioretta trabajaba como ayudante de Angela y era la empleada más joven de la tejeduría. Nola llegó a la fiesta ataviada con su falda oscura de los domingos, combinada con una blusa blanca bajo la chaqueta de punto. Al fin y al cabo, era 1 de mayo y todavía refrescaba por las noches. La tejedora llevaba más de treinta años trabajando en la Villa de la Seda. Con ellas llegó también Anna, seguida de cerca por su hija, Giulia, cuyo rostro reflejaba bien a las claras que habría preferido estar en cualquier otra parte menos allí, con las compañeras de trabajo y las amigas de su madre.

Mientras Gianni iba llenando más copas, se presentaron también Orsolina y Stefano, este último con las mejillas brillantes, recién afeitado para la ocasión. Con gran habilidad, sostuvo la copa entre el dedo anular y el meñique de la mano derecha, puesto que el resto los había perdido dos años antes en un accidente de trabajo, lo que había estado a punto de robarle las ganas de vivir. Hasta que a Angela se le había ocurrido la posibilidad de enseñarle a tejer e incorporarlo a la empresa.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —preguntó Orsolina afectuosamente al ver la cara enfurruñada de Giulia—. No te veía desde hacía tiempo, es increíble lo...

—No me digas que he crecido mucho, tía Lina —la interrumpió la muchacha con una sonrisa impostada.

—¡Jamás se me ocurriría algo semejante! —se defendió Orsolina sonriendo y levantando aquellas manos reveladoras de que se ocupaba de teñir las valiosas madejas de seda de la tejeduría a pesar del empeño que ponía en lavárselas—. Lo que quería decir era que... ¡estás guapísima! —exclamó, y al ver que la treceañera se ponía colorada como un tomate, no pudo reprimir una carcajada escandalosa—. Giulia, angelito, ven aquí. Deja que te dé un abrazo —le pidió, tras lo que procedió a envolverla entre sus brazos—. ¿Por dónde te metes? Antes venías a menudo a la Villa de la Seda.

Giulia esbozó una sonrisa apocada. Era evidente que la compañera de trabajo de su madre le caía bien.

—Imaginaos, quería ir a Treviso con esos hermanos Stuzzi —se quejó Anna dirigiéndose a Angela y a Nola a media voz—. Y encima de paquete en una moto.

—Pero si son mucho mayores que ella —dijo Nola lanzando una mirada de clara preocupación a Giulia—. El más

joven debe de tener al menos diecisiete años. ¿Qué haría con ellos?

Anna arqueó las cejas de un modo elocuente, se apartó los mechones rubios de la frente y se encogió de hombros. Con treinta y un años era la más joven de las tejedoras.

—He tenido que imponerme —explicó Anna—. Y para asegurarme de que la signorina me haría caso, he decidido traerla conmigo. Espero que no os moleste —añadió dirigiéndole una mirada tímida a Angela.

La situación de madre soltera de Anna no era nada sencilla. El padre de Giulia se había marchado antes incluso de que naciera y no había vuelto a aparecer jamás.

—En absoluto —respondió Angela—. Ni mucho menos.

Giulia ya había descubierto a Mimi en el banco que había bajo la morera. Se sentó a su lado y enseguida se distrajo haciéndole caricias. Era una chica bonita, con una espesa mata de pelo rubio y los ojos de un azul radiante. Había intentado cubrirse con maquillaje un grano que le había salido en la barbilla, pero no lo había conseguido del todo. A los trece años, su cuerpo todavía tenía un aire infantil y se movía de un modo algo desgarbado. Angela se acordó de lo dura que había sido para ella esa edad en la que ya no eres una niña, pero tampoco acabas de ser una mujer y te encuentras en tierra de nadie, sin encajar en ninguna parte.

—Me alegro de que haya venido, Anna.

—¿No quería venir también Nathalie? —quiso saber Tess.

Angela asintió.

—De hecho, sí. Pero ya sabes cómo son las jóvenes.

Su hija estudiaba Historia del Arte en Padua, que

quedaba a apenas una hora en coche de Asenza, la población en la que se encontraba la Villa de la Seda.

—Me dio a entender que seguramente llegaría un poco más tarde —explicó Angela—. En cualquier caso, no la esperaremos para empezar a comer.

Miró a su alrededor. Todavía faltaban dos tejedoras: Lidia y Maddalena, por no hablar de Lorenzo Rivalecca. Las otras mujeres seguramente se preguntarían por qué había invitado también a aquel anciano antipático, pero Angela tenía sus motivos. Solo Tess y Nathalie sabían la verdad: él era su verdadero padre. Por supuesto, Vittorio también lo sabía.

Emilia apareció por la puerta de la cocina cuando ya eran casi las siete y media. Angela sabía que aquella mujer tan resuelta no soportaba que la gente no llegara puntual a la mesa. Era la cocinera y ama de llaves de Tess, aunque aquel día ella y su hijo Gianni habían accedido a servir a los invitados durante la fiesta de la Villa de la Seda.

Justo cuando Angela cogió una cucharita de la mesa para dar unos golpecitos en su copa, la puerta del patio se abrió de nuevo y Lidia entró como un vendaval seguida de cerca por un anciano enjuto que no paraba de jurar a gritos y que levantaba su bastón con aire amenazador en dirección a la tejedora, que al parecer le había cerrado la puerta en las narices.

—¡Estas tejedoras no tienen modales ni tienen nada! —le oyó decir Angela a Lorenzo Rivalecca. Lidia apretó los labios indignada, sin poder ocultar lo colorada que se había puesto—. ¡Lo que hay que aguantar! Y eso que si se ganan el pan es gracias a...

—Nada de eso —objetó Lidia. La pelirroja era una teje-

dora excelente a pesar de su carácter seco y a menudo arisco—. Tras la muerte de la signora Lela usted no se preocupó nada por nosotras. Suerte que la *tedesca* le acabó comprando la tejeduría...

—Ya vale, ya vale —se interpuso Tess—. ¿Te parece bien hablar así de tu jefa? Tiene un nombre, Lidia, como todo el mundo. Y aunque no estés de acuerdo con ese viejo testarudo, tienes que respetar a la gente mayor de todos modos.

—¿Testarudo? —exclamó Rivalecca volviéndose hacia Tess con indignación—. ¿Acabo de oír la palabra *testarudo*?

Furioso, golpeó el suelo de adoquines con el bastón. Mimi soltó un bufido y saltó desde el regazo de Giulia hasta la rama más baja de la morera.

—Déjalo, Lorenzo —replicó la anciana en un tono más afable—. Todos sabemos que lo eres, y de hecho nadie lo sabe mejor que tú. Toma una copa y cálmate un poco. No olvides quién te ha invitado.

Todos los ojos se volvieron hacia Angela y esta se aclaró la garganta. «Pues sí que empezamos bien», pensó antes de hablar.

—Bueno —dijo cogiendo aire—, una vez aclarado esto, me gustaría daros la bienvenida esta tarde. Para mí es un día muy especial. Hace justo un año que firmé el contrato de compra de la Villa de la Seda. Ha sido un año bastante lleno de emociones...

De reojo, Angela percibió un movimiento. Maddalena, la última de las tejedoras que faltaba, entró en el patio sin hacer ruido, con la cara visiblemente colorada por la vergüenza. Angela la saludó con una sonrisa.

—En más de una ocasión parecía que no íbamos a lograrlo —prosiguió—. Sin embargo, que las cosas nos vayan tan bien hoy en día no habría sido posible sin vuestro compromiso, y por eso quería daros las gracias. Sin vosotros, la Villa de la Seda no existiría. Sin vosotros, la tejeduría no sería como es actualmente.

»Y sin vosotros, probablemente yo ya no estaría aquí. —Se hizo el silencio en el patio, e incluso Giulia levantó la cabeza para mirar a Angela como si fuera la primera vez que la veía—. Os quedasteis a mi lado cuando no me iban bien las cosas, y conseguisteis que el negocio siguiera funcionando. Tuvisteis el valor de recorrer conmigo caminos nuevos y creísteis de verdad que tendríamos éxito juntos.

»Y por eso me parece que merece la pena que levantemos nuestras copas y brindemos por el futuro de la Villa de la Seda. Por un futuro que forjaremos juntos —afirmó, y la mano le tembló de un modo casi imperceptible cuando alzó la copa, profundamente conmovida por esa breve mirada al pasado.

—¡Por la Villa de la Seda! —exclamó Tess, y todos la imitaron.

—¡Por el futuro de la Villa de la Seda! —resonaron las demás voces.

Angela tuvo que tragar saliva para evitar que la emoción la sobrepasara, consciente del gran afecto que sentía por todas aquellas personas. Sí, ese año habían crecido gracias a un propósito común, por muy distintos que fueran todos ellos.

Hizo un gesto para indicar que podían pasar a la mesa, pero las tejedoras titubearon, puesto que ninguna quería

tomar la iniciativa. Lidia fue la única que decidió sentarse enseguida a un extremo de la mesa tras colgar con determinación su bolso en el respaldo de la silla. Tess reparó en lo apocadas que estaban las demás y guio con aire soberano a aquellas mujeres a las que conocía desde hacía mucho tiempo. La anciana había sido la mejor amiga de la madre de Angela, a quien había invitado a pasar unos días con ella en el Véneto tras la muerte de su marido. El hecho de que Angela no solo hubiera encontrado allí un nuevo hogar, sino también una nueva ocupación en la manufactura de seda, los había sorprendido a todos, y en el caso de Tess había supuesto asimismo una tremenda alegría. Desde entonces, la decidida anciana hacía todo lo posible para que a Angela le fueran bien las cosas en Asenza.

Gianni y Emilia sirvieron la comida: como entrantes, *vitello tonnato* y *sarde fritte in saor*, es decir, ternera con salsa de atún y sardinas en escabeche con cebolla, además de un crujiente pan de maíz recién horneado. Para Lorenzo Rivalecca, que solamente comía sopa de verduras, un gran plato de *minestrone*. La timidez quedó olvidada durante la comida; incluso Giulia se olvidó de que había llegado de mal humor. Su risa clara resonó en más de una ocasión, sobre todo cuando Orsolina estuvo contando las últimas travesuras de la gata de pelaje gris plateado.

Ante el plato principal, un estofado de conejo con verduras, todos guardaron un silencio reverencial y lo degustaron con calma. Cuando por fin sirvieron el helado de fresa casero junto con la variante personal de Emilia de la *torta fregolotta*, una especie de deliciosa tarta *crumble* a base de mantequilla, azúcar y harina, tal como la había

descrito Nathalie en una ocasión, todos volvieron a charlar animadamente.

Bueno, casi todos, puesto que Angela se dio cuenta de que Maddalena apenas decía nada. Quizá habló menos que de costumbre, incluso, por lo que Angela se preguntó si la tejedora tendría algún problema. Aquellos ojos castaños, aumentados por los gruesos cristales de las gafas, parecían ausentes y preocupados. Debido a su pelo hirsuto y la voz apocada, Maddalena podía parecer ingenua como una niña a pesar de sus cuarenta y ocho años. Sin embargo, era una impresión errónea. Angela se propuso hablar en privado con la más tímida de sus tejedoras en cuanto le fuera posible.

Finalmente, y para sorpresa de todos los presentes, Lorenzo Rivalecca sacó de una bolsa una botella sin etiqueta. Contenía un denso líquido de color marrón oscuro, y le pidió a Emilia que lo sirviera en unas copas adecuadas.

—Este es el mejor licor de nueces que se puede tomar a ambos lados de los Alpes —anunció cuando todos tuvieron la copa llena delante—. Bebamos a la salud de la *tedesca*, como decís vosotras cuando no está delante. No, no os hagáis las inocentes. Fijaos en cómo ha transformado este caserón —añadió describiendo con el brazo un semicírculo en dirección al complejo de edificios que rodeaban el patio, con lo que estuvo a punto de golpearle la cara a Tess con el codo—. Solo una alemana sería capaz de lograr algo semejante —afirmó—. Y, por si fuera poco, va y encuentra un valioso fresco bajo la pintura de las paredes, lo que naturalmente significa que le vendí la finca demasiado barata. Pero, bueno, da igual —concedió al oír las protestas de Tess a su derecha—. Se lo merece. No obstante, ¿sabéis qué

es lo más sorprendente de todo? ¿No? Pues que os aguante a vosotras, a las tejedoras. Eso sí que no me lo habría esperado nunca.

—Y también que lo soporte a usted, signor Rivalecca —replicó Nola armada de coraje—. Eso es lo más sorprendente de todo.

Orsolina y Anna se rieron antes de degustar con sumo cuidado el contenido de las copitas de licor. Rivalecca hizo una mueca seguida de una sonrisa.

—Por esta *tedesca* tan sorprendente —declaró con una benevolencia insólita—. Y para que lo sepáis: si alguna de vosotras hace enfadar a la signora Angela, tendrá que vér-selas conmigo.

—¿Qué le ha hecho usted al viejo? —le preguntó Nola a Angela después de que Rivalecca se despidiera y saliera por la puerta—. ¿Le ha mezclado alguna pócima en el *minestrone*?

—Tiene que haberle robado el juicio de algún modo —supuso Orsolina antes de vaciar del todo su copa de licor—. ¡Tenga cuidado! A ver si ese viejo *cascamorto* le acaba pidiendo matrimonio.

Unas risas escandalosas resonaron en el patio. Ni siquiera Tess pudo contenerse.

—No contemplo esa posibilidad, os lo aseguro —respondió Angela con una sonrisa.

—Sería demasiado viejo para usted, signora Angela —intervino Maddalena con aire reprobatorio—. Podría ser su padre —añadió con seriedad.

Por unos momentos, Angela tuvo la sensación de que la tímida e introvertida tejedora conocía su secreto.

—Ahora que lo dices... ¿no estás emparentada con él? —le preguntó Lidia con las cejas arqueadas y frunciendo la pálida frente.

—¿Yo? —repuso Maddalena con los ojos como platos—. ¿Cómo se te ocurre algo semejante?

—Quiero decir si no sois parientes lejanos —insistió Lidia—. Pregúntaselo a tu madre.

—Ni hablar —respondió Maddalena horrorizada—. Se pone furiosa cuando alguien le menciona a Rivalecca.

—Ya, y no es la única —comentó Nola con un suspiro antes de hacerle una seña a Gianni para que le rellenara la copa, puesto que el joven les ofreció de nuevo la botella de Lorenzo—. El viejo se ha ganado la antipatía de mucha gente. Solo desde que llegó usted, signora Angela, se ha vuelto un poco más sociable. Antes apenas salía de la fortaleza que tiene ahí arriba. Era impensable que se reuniera con nosotras como lo ha hecho hoy.

—Cierto —convino Orsolina.

—Me gustaría decir algo —dijo Stefano aclarándose la garganta—. Mejor dicho, me gustaría darle las gracias. En nombre de todos, ¿no es cierto? —preguntó mirando al resto. Todas asintieron, y Lidia fue la única que esbozó una sonrisa indescifrable y se reclinó en su silla—. Pero sobre todo quiero darle las gracias de un modo personal. Usted me ha regalado una nueva vida, signora Angela. Creyó en mí a pesar de cómo quedé tras el accidente —explicó levantando la mano derecha, a la que le faltaban los dedos pulgar, índice y corazón—. A pesar de haber quedado lisiado de por vida. No lo olvidaré jamás.

—Sí, es cierto —asintió Orsolina—. Todas tenemos mucho que agradecerle. De no haber venido usted, seguro

que nos habríamos quedado sin trabajo. Y bueno... la verdad es que al principio no le pusimos las cosas demasiado fáciles precisamente...

—Teníamos que conocernos y ganarnos la confianza mutua —agregó Angela en un tono afable para ayudarla a vencer la timidez—. Dicen que el primer año es el más duro. También desde el punto de vista económico. Y aun así lo hemos bordado. De hecho, hemos trabajado tan bien que hoy podré pagaros una pequeña gratificación —anunció, con lo que se ganó la plena atención de los asistentes. Incluso Giulia levantó la mirada del teléfono con el que había estado ocupada desde los postres—. Todos vais a recibir una paga extraordinaria de mil euros. A estas horas ya deberían estar ingresados en vuestras cuentas.

Durante unos segundos reinó un silencio sepulcral bajo la morera. Solo se oyó el canto de una cigarra, que anunciaba la llegada del anochecer.

—¿Mil euros? —preguntó Maddalena—. ¿Así de fácil?

—Os lo habéis ganado a pulso —respondió Angela.

De golpe empezaron a hablar todos al mismo tiempo. Giulia pidió el ciclomotor que tanto deseaba para su cumpleaños, mientras que Anna mencionó la posibilidad de hacer un viaje durante las vacaciones. Nola, tal como Angela supo más tarde, estaba ahorrando para reformar la cocina, mientras que Stefano se limitó a rodear con el brazo a Orsolina para abrazarla. Fioretta pegó un brinco y besó a Angela en las mejillas, puesto que había mantenido en secreto la sorpresa y ni siquiera la joven ayudante estaba al corriente. Maddalena también se puso en pie y le estrechó la mano como si se hubiera propuesto no volver a soltársela jamás.

De repente Angela tuvo la sensación de sentirse observada. Miró a su alrededor y enseguida descubrió a Vittorio de pie, sonriendo bajo la morera. Al parecer dudaba que fuera el momento más adecuado para presentarse. A Angela se le derritió el corazón, puesto que no había contado en absoluto con verlo esa noche. Al fin y al cabo, él vivía en Venecia y ella en Asenza. Respondió al apretón de manos de Maddalena y se libró de ella con mucho tacto.

Cuando se acercó a Vittorio, este la abrazó con ternura.

—¿Molesto? —le preguntó él al oído en voz baja.

—Tú no molestas nunca —contestó Angela feliz como unas castañuelas.

Puesto que su relación se limitaba a los fines de semana, siempre se echaban de menos. Entre Venecia y Asenza no había más de una hora de coche, pero de todos modos los dos vivían demasiado ocupados para verse entre semana.

—Es que ya no podía más —confesó él, tras lo que levantó la mirada para echarle un vistazo a la mesa—. ¿Crees que puedo unirme a vuestra fiesta de aniversario?

Angela tiró de él con una sonrisa para reunirlo con los demás.

—¡Cuanto más avanza la fiesta, más guapos son los invitados! —gritó Tess, y Emilia quiso saber de inmediato si el señor ya había cenado. Cuando Vittorio le respondió que no, salió corriendo a calentar un poco del estofado de conejo y le sirvió unas sardinas marinadas para que pudieran ir haciendo boca.

—¿Te han llegado las muestras de seda para Villa Castro? —preguntó Angela—. ¿Federico las ha recibido sin problemas?

El diseñador jefe del estudio de interiorismo de Vittorio había prometido ocuparse personalmente de la presentación de aquellas valiosas telas.

—Sí, todo perfecto —le aseguró él antes de felicitar a Emilia por las *sarde in saor*—. Fedo está en su elemento. Me ha despachado diciendo que solo estorbaría. Y entonces he pensado que estaría bien dejarme caer por aquí —explicó lanzándole una cariñosa mirada a Angela.

—Pues ha sido una idea fantástica —replicó ella con un brillo de felicidad en los ojos.

—Me... me gustaría preguntarle algo, si no le importa —dijo Maddalena levantando la voz con timidez.

Vittorio se la quedó mirando sorprendido.

—¿A mí?

Maddalena asintió y se sonrojó de nuevo.

—Sobre su apellido —prosiguió la tejedora armada de valor—. Fontarini. Encontré ese apellido en un libro y me preguntaba...

—¿En un libro? —la interrumpió Lidia en tono bur-lón—. Y ¿desde cuándo lees tú libros?

—Déjala en paz —intervino Nola—. ¿Nos tomas a todas por tontas o qué?

—¿Cómo? —replicó Lidia con ganas de brega—. No me digas que tú también lees libros...

—Dejad hablar a Maddalena de una vez —se impuso Stefano.

—¿En qué libro ha encontrado usted mi apellido? —preguntó Vittorio en tono afable fingiendo no haber oído la disputa previa.

—En un libro sobre la historia de Venecia —respondió Maddalena lanzándole una fugaz mirada a Lidia—. El ape-

Ilido Fontarini aparece unas cuantas veces. Varios dux se llamaban así. ¿Es usted...? Quiero decir que... ¿Son de su familia? ¿O es casualidad que compartan el mismo apellido?

Tras la pregunta, en la mesa se impuso el silencio. Incluso Angela se quedó desconcertada. Por supuesto, ella conocía la procedencia noble de su pareja, pero no esperaba que Maddalena pensara en esa clase de cosas, y cuando fue consciente de ello se avergonzó de haberlo dado por supuesto. ¿Por qué no, de hecho?

Vittorio dejó el tenedor sobre la mesa y se quedó mirando a la tímida tejedora con atención.

—¿Le interesa la historia? —le preguntó.

Maddalena asintió con vehemencia.

—Sobre todo la de Venecia —contestó—. Ya he leído unos cuantos libros sobre el tema. Y también sobre artistas venecianos: Tintoretto, Tiziano y todos los demás. Pero lo que más me interesa de todo es la política... Es decir... la política de tiempos pasados.

Por unos momentos, fue como si hubiera aparecido una Maddalena completamente nueva. Bajo la mirada asombrada de los demás, pareció encerrarse de nuevo en sí misma, como un caracol al notar que lo tocan.

—La historia de Venecia es realmente apasionante —convino Vittorio—. Y ya que lo ha preguntado: sí, eran antepasados míos.

Maddalena abrió los ojos como platos.

—Oh, ¿de verdad? —susurró enseguida—. ¿Domenico también? ¿El que fue dux durante el siglo XI?

—Sí, él también —respondió Vittorio con timidez.

—Eso significa —prosiguió Maddalena frunciendo el ceño para concentrarse mejor— que es usted... Es decir,

que, si esa es su familia, ¿es usted un príncipe de verdad?

Se hizo el silencio. Giulia se quedó mirando primero a Maddalena y luego a Vittorio con la boca abierta. Y no fue la única.

Vittorio se aclaró la garganta y asintió como si no fuera nada del otro mundo.

—Bueno, si lo considera desde el punto de vista histórico, sí. Pero desde 1948 los linajes nobles no significan nada en Italia, Maddalena. Esos tiempos quedaron atrás.

—Qué lástima —repuso Maddalena claramente decepcionada—. Después de todo, su familia se remonta a... a casi mil años atrás.

—Es bastante tiempo, sí —admitió Vittorio—. Pero ¿sabe una cosa? Su familia también se remonta a hace más de mil años. Y la de todos los que estamos sentados a esta mesa. La única diferencia es que solo es posible rastrear el pasado de unas pocas familias. Porque la mayoría no dejó nada por escrito. Si pudiera recuperar el registro de su familia, le sorprendería hasta dónde llegaría.

—Hasta Adán y Eva —dijo Orsolina, y todos se rieron.

—Exacto —convino Vittorio encajando las risas con cierto alivio. Angela sabía lo que pocos sospechaban, que en muchas ocasiones Vittorio percibía ese linaje noble más bien como una pesada carga—. Hasta Adán y Eva. A fin de cuentas, todos estamos emparentados de algún modo.

—Pero su familia hizo cosas muy importantes —insistió Maddalena con seriedad—. Por eso quedaron tantas cosas por escrito.

Pareció que el comentario hacía reflexionar a Vittorio

unos instantes, pero luego resultó evidente que este prefería no seguir por ese camino.

—¿Va usted a menudo a Venecia? —le preguntó a la tejedora.

Maddalena negó con la cabeza.

—Solo he estado en Venecia una vez —reconoció avergonzada—. Hicimos una excursión cuando hice la primera comunión.

—Pues debe de hacer bastante tiempo —conjeturó Giulia, aunque su risa quedó cortada de golpe por el codazo que le propinó su madre.

—¿Y ustedes? —inquirió Vittorio a los demás—. ¿Cuándo fue la última vez que estuvieron en Venecia?

Las respuestas llegaron con muchos titubeos. Orsolina y Stefano tuvieron que hablarlo para ponerse de acuerdo sobre la última vez que habían ido, puesto que hacía mucho tiempo. Al final resultó que ninguna de las tejedoras había estado en la ciudad de la laguna en los últimos diez años.

—¿Qué te parece? —comentó Vittorio dirigiéndose a Angela—. Quizá deberíamos organizar una excursión de empresa.

—Es una idea excelente —respondió ella—. Si os apetece, lo haremos.

Siguieron sentados un buen rato bajo la morera. Nola y Orsolina se dedicaron a contar divertidas anécdotas de cuando eran jóvenes y Lela Sartori, la difunta esposa de Lorenzo Rivalecca, era la propietaria de la Villa de la Seda.

—Sí, era una verdadera *padrona* —dijo la tejedora rien-

do—. Todas sentíamos bastante respeto por ella, ¿verdad? —añadió mirando a Nola y luego a Lidia. De repente se sobresaltó, consciente de que Angela podía interpretarlo mal—. No es que no sintamos respeto por usted —se apresuró a aclarar—. No me malinterprete. Pero esto de sentarnos de forma amistosa como estamos haciendo hoy... con ella habría sido impensable.

—Si veía la más mínima tara en un tejido se ponía como un basilisco —confirmó Nola.

—Nunca olvidaré una ocasión en la que tuvimos que teñir unas madejas de color rojo rosa —contó Orsolina—. Rojo rosa. Quiero decir que, después de todo, hay rosas de todos los tonos rojos posibles, *vero*? Sin embargo, ella quería un rojo muy determinado y, por supuesto, mi madre debería haber sabido de inmediato cuál era. Por aquel entonces ya estaba ingresada por una neumonía en el hospital, por lo que tampoco podía preguntárselo. —Orsolina tomó un sorbo de la infusión de verbena que Emilia había preparado—. *Un disastro* —prosiguió—. Y acabó saliendo un rojo muy bonito, pero no el que la *padrona* tenía pensado. Y cuando algo se le metía en la cabeza...

—Bueno, pero pasa algo muy parecido con la *tedes*... quiero decir con la signora Angela —comentó Nola—. ¿No te acuerdas de aquel color celeste que te pidió para los sillones de Villa Castro?

—Ay, sí —gruñó Orsolina sin poder evitar lanzarle a Vittorio una mirada tan fugaz como cargada de reproche que a él no le pasó desapercibida.

—Pero al final lo consiguió —puntualizó Angela, aunque optó por no mencionar el hecho de que la seda al final no hubiera terminado sustituyendo las tapicerías de los

muebles de Villa Castro, sino vendida a los Emiratos Árabes. Esa noche prefería limitarse a festejar el aniversario y no evocar aquella fase tan dolorosa del año anterior—. Yo tampoco quedo satisfecha con cualquier cosa. Supongo que en eso me parezco a la signora Sartori.

El comentario despertó todo tipo de protestas. No, Angela no podía compararse de ningún modo con la estricta y desdenosa Lela Sartori, que siempre se había considerado superior y había dirigido la tejeduría con mano de hierro.

—No obstante, durante esa época tejieron telas preciosas —objetó Angela—. El signor Rivalecca me dio unas cuantas piezas de Lela que me parecen verdaderamente extraordinarias. ¿Tenían más telares por aquel entonces? ¿Alguno con el que pudieran tejerse patrones de jacquard, tal vez?

Se hizo el silencio en la mesa.

—No, que yo sepa —respondió Anna—. Al menos desde que yo trabajo, no.

—Pues yo tengo la sensación de que realmente hubo otro telar en algún momento —comentó Nola con gesto de concentración—. En la sala en la que tenemos el *omaccio grande*. Aunque tampoco estoy segura de ello. Hace tanto tiempo...

—Carmela debería de saberlo —intervino Lidia—. Ella estaba desde el principio. Quiero decir, desde que Lela se hizo cargo de la tejeduría...

—Sí, exacto —exclamó Nola—. ¡Pregúntaselo, Maddalena!

La tímida tejedora abrió mucho los ojos con una expresión de terror.

—Mejor no —se apresuró a decir—. Ya sabéis cómo se pone. Sobre todo si le hablo de Lela Sartori.

—No, entonces no merece la pena —aclaró Angela enseguida—. Es mejor que no se altere, y menos por algo semejante. ¿A alguien le apetece un poco más de té?

Lejos de pedir más té, lo que hicieron fue empezar a marcharse poco a poco. Al mencionar a Carmela, su madre, Maddalena recordó que en realidad ya debería haber llegado a casa hacía rato, y las demás decidieron dar por terminada la velada.

—Ha sido una cena muy agradable —declaró Stefano con cierta torpeza mientras se despedía—. Muchas gracias. Por todo.

Los invitados salieron del patio de la Villa de la Seda de un humor excelente.

—Les caes bien —constató Vittorio cuando se quedaron solos con Tess.

—Sí, te has ganado el corazón de todos —añadió la anciana con satisfacción mientras se ponía en pie—. Y ahora os dejo solos, tortolitos.

—¿Te acompaño a casa? —preguntó Angela con preocupación.

Tess ya rondaba los setenta y cinco años, y recientemente la habían operado para colocarle una prótesis en la rodilla. La idea de que tuviera que regresar a casa a oscuras por las calles empedradas del casco antiguo de Asenza hasta Villa Serena la inquietó.

—Gianni me acompañará —decidió Tess—. ¿Verdad, joven?

—Naturalmente —respondió este desde la cocina.

Emilia decidió que recogería la mesa y la cocina al día siguiente por la mañana. Ella y su hijo flanquearon a Tess y se marcharon los tres juntos de la Villa de la Seda. Angela cerró la puerta con llave y se llevó a Vittorio al interior de la casa, donde subieron la escalera hasta la habitación del primer piso.

—Te he echado mucho de menos —le dijo Vittorio cuando por fin pudo abrazarla en el dormitorio—. ¡Hacía demasiado tiempo que no nos veíamos!

—Tres días —susurró Angela mientras él le bajaba la cremallera de la espalda y la ayudaba a quitarse el vestido.

—Pero tres días rematadamente largos —insistió él—. Pueden llegar a parecer una eternidad cuando no estás a mi lado.

A continuación dejaron que fueran sus manos las que hablaran, y también sus labios y sus cuerpos agradablemente enfrentados, con ternura, con pasión.

—Te amo —le susurró Vittorio cuando por fin él se dejó caer a un lado, exhausto y feliz, y ella se acurrucó junto a él.

—Yo también te amo —contestó ella en voz baja, acercándose todavía más y aspirando el aroma que emanaba su cuerpo a madera de sándalo y a musgo húmedo o almizcle. Cuando ya se estaba quedando dormida, su móvil sonó para anunciar que había recibido un mensaje nuevo. Vittorio murmuró algo con voz amodorrada, pero Angela se desveló de repente.

—¿En serio piensas responder ahora? —se quejó Vittorio al ver que ella alargaba el brazo hacia la mesilla de noche.

—Tengo que hacerlo —murmuró ella algo cortada—. Es el tono de mensaje de Nathalie.

Vittorio también se despertó de pronto.

—No habrá pasado nada, ¿verdad? —preguntó preocupado.

Angela cogió el móvil.

Mamá, creo que mañana no podré
ir a Villa Castro. Es que no estoy
muy bien.